

contar mis males, ni con quien descansen en mis trabajos, los cuales no quiero yo que en esta tierra tengan remedio, porque así no se detenga la muerte de mí tan deseada. Bien sé que si esta mi obra en algun tiempo aportare a las riberas del rio Henares, que piadosamente será leída, y mis penas sentidas y con razon lloradas, á la cual quise poner

fin con propósito de en algun tiempo escribir la segunda parte; la cual de los hechos y grandes cosas de Felesindos tratará, y de lo que le aconteció en la demanda de la princesa Luciandra hasta llegar á la casa del Descanso, y pasar el valle de la Pena, lo cual plega á Dios sea con tener mas reposo y sosiego de lo que agora tengo.

[Faint, mostly illegible text in the left column of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.]

FIN DE LA HISTORIA DE LOS AMORES DE CLAREO Y FLORISEA, Y DE LOS TRABAJOS DE ISEA.

[Faint, mostly illegible text in the left column of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.]

[Faint, mostly illegible text in the left column of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.]

[Faint, mostly illegible text in the left column of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.]

SELVA DE AVENTURAS,

COMPUESTA

POR JERONIMO DE CONTRERAS,

coronista de su Majestad.

VA REPARTIDA EN SIETE LIBROS, LOS CUALES TRATAN DE UNOS ESTREMADOS AMORES QUE UN CABALLERO DE SEVILLA LLAMADO LUZMÁN TUVO CON UNA HERMOSA DONCELLA LLAMADA ARBOLEA, Y LAS GRANDES COSAS QUE LE SUCEDIERON EN DIEZ AÑOS QUE ANDUVO PEREGRINANDG POR EL MUNDO, Y EL FIN QUE TUVIERON SUS AMORES.

DEDICATORIA DEL PRIMER EDITOR.

A la serenísima, inclita y muy poderosa señora doña Isabel, por la divina clemencia reina de las Españas.

Si el servicio que debo á vuestra Majestad se habia de recompensar con los bienes deste mundo, pienso verdaderamente que no seria yo en toda mi vida bastante en satisfacerlo; porque en siendo yo su vasallo, paréceme que esto solo es suficiente para que crea que no solamente cuanto tengo, pero aun mi persona le es deudora. Y por esto, con esta persuasion verdadera movido, nunca dejo ni dejaré en toda mi vida de hacerle todo el servicio que yo pueda, para que conozcan todos los hombres del mundo mi obligacion, y sea incitamiento á los otros el grande beneficio que reciben en ser vasallos de vuestra Majestad, y principalmente en estos tan desasosegádos tiempos. Lo que no es poco beneficio (antes muy grande), recebido de la mano del Señor, poder con grande descanso y reposo del ánimo pasar en tales y tan constantes reinos esta miserable vida en servicio de Dios, debajo del amparó y proteccion de tan poderosos y cristianísimos señores. Conociendo yo pues esta merced, en haber recebido de Dios tan grande beneficio de poder descansadamente, con el trato de la impresion y libros, vivir con tanta paz y quietud en tales y tan pacíficos reinos, y habiendo venido á mis manos una Selva de aventuras de Jerónimo Contreras, no he podido dejar, por la comun utilidad que della se puede sacar, y por la grande recreacion de ánimo que en ella se puede hallar, de imprimirla y presentarla á vuestra Majestad. Grande daño redundará á la comun utilidad, si esta obra no se imprimiera; porque á la postre se perdiera como se han perdido muchas obras de admirables autores, los nombres de los cuales son en grandísima manera alabados, y las obras dellos aun no han venido á nuestra noticia. Porque si bien lo miramos, no hallaremos en nuestros tiempos las obras de Afranio, ni de Anacreonta, ni de Pacuvio, ni de Arquiloco, ni de Aristófanes, grandes poetas, los cuales sabemos muy bien que han compuesto mas de seiscientos libros. Pues los Anales de Andrónico, las tragedias, comedias y sátiras de Ennio, ciento y treinta fábulas de Plauto, todo se ha perdido; la Medea y Orfeo, de Lucano, ni tampoco las Elegías, de Cornelio Gallo, no se hallan; infinitos epigramas de Porcio Licinio, de Domicio Marso, de Valerio Edituo, por demás es buscarlos. Temiendo yo pues que no aconteciese lo mismo en esta obra, hele querido con mi impresion dar vida, y imprimir grande número della, para que los otros por venir no careciesen de tal libro, el cual verdaderamente se nombra *Selva de aventuras*; porque en ella se hallan tales y tantas, que ponen espanto y admiracion á los leyentes. No se ha de comparar con esta aquella *Selva grinea*, de Jonia, en la cual Mopso y Calcas estuvieron disputando; porque aquí otras disputas y contiendas de varios hombres se podrán hallar con mas recreacion y regocijo del entendimiento. Ni tiene que hacer con esta aquel grande bosque *Partenio de Arcadia*, en el

cual se ejercitaban las vírgenes muchas veces á la caza ; porque aquí se hallarán tantas vírgenes de mucha mas alabanza con tanta caza tomada y enredada, que dará varios gustos á todos estados de hombres. No se ha de preferir á esta la *Selva Ida* por haberse en ella celebrado aquel Juicio de París; porque aquí mas admirables aventuras se hallarán y mas provechosas para todos los hombres. No se ha de creer que sea esta *Selva* aquel áspero y espantoso bosque Ciminio, en el cual no osaban de miedo entrar los cazadores, ni pasar por él los caminantes ; porque después de entrados, como perdidos iban por él, no pudiendo hallar camino ni rastro por el cual pudiesen hallar la salida. Aquí hallarán otro Hipólito cazando, el cual demostrará el camino cómo se ha de huir el ocio, del cual nacen infinitos males. Aquí verán Melanion, aquel famosísimo cazador, el cual les amostará cómo se han de domar los ferocísimos puercos monteses, frenando sus apetitos indómitos, y no dejándose despedazar dellos, como Adónis, el desdichado hijo de Mira. En el mas secreto y íntimo lugar desta *Selva* se hallará aquella hermosísima Diana con el coro de sus vírgenes, lavándose en unas cristalinas fuentes, y trasmutando con su hermosa aquellos hombres en ciervos, los cuales, dejadas las virtudes, han seguido los vicios, y no han tomado consejo primeramente del peregrino Luzmán, porque en toda esta *Selva* fuesen encaminados. Y por abreviar : los ricos hallarán aquí remedio para tener en poco las riquezas, los pobres en estar contentos, los de amor furioso hallarán el freno con el cual será domado el apetito, los tibios ternán espuelas para moverse lijeramente, los inconstantes y poco firmes verán la templanza que los encaminará en todos sus actos, los ignorantes serán enseñados, los poco ejercitados verán tantos y tan diversísimos ejemplos, con los cuales serán de aquí adelante mas prudentes. Estos son los provechosos y aun mucho mas desta *Selva de aventuras*, estos me han movido á que la imprimiese, y que tuviese atrevimiento de presentarla á vuestra Majestad, por ser ella tan rica y tan provechosa joya, la cual si fuera accepta á vuestra Majestad, como espero, será á mí grande incitamiento para grandes empresas, en ilustrar con mi impresion las letras en estos reinos y señoríos de vuestra Majestad, los cuales tanto á gloria de Dios florecen.

SONETO.

Reina de España, digna y soberana,
Crecida majestad en sus alturas,
Recibe aquesta *Selva de aventuras*,
Que se presenta con entera gana.
Trata de amor, de cortesía bien sana,
De casos de fortuna y amarguras,
Y también de placer y de mesuras
Varios sujetos desta vida humana.
Y por pasar el tiempo que sobrare,
Después que vuestra Majestad se emplea
Devotamente orando al Rey divino ;
En esta *Selva* por deporte lea,
Mirando los conceptos que hallare,
Y alegrará su ingenio peregrino.

SELVA DE AVENTURAS.

COMIENZA EL LIBRO PRIMERO.

En la famosa ciudad de Sevilla hubo un caballero, llamado Laumenio, de nobles costumbres y muy cristiano. Este tuvo un hijo llamado Luzmán ; pues Laumenio tenia un caballero de la misma ciudad por muy amigo, tanto que la amistad se habia convertido en parentesco, y llamábase Calides : tenia sola una hija en extremo hermosa. Pues como estos dos amigos tanto se tratasen, entre Luzmán y Arbolea (así se llamaba la hija de Calides) fué tanto el amor, conversacion y amistad, que como si hermanos fueran se trataban. Esto comenzó de la edad de diez años en Luzmán, y de ocho en la de Arbolea, y duró por espacio de trece años. Pues en esta edad, como Luzmán fuese de sus padres requerido que se casase, el volviendo sobre sí, y acordándose del verdadero amor que á Arbolea tenia (pues la edad desechó el amor de niñez), y encendido en el amoroso fuego, y puesto que nunca hubiese dicho á su señora palabra que fuese descubierta á su deseo, tenia por cierto que ella le amaba igualmente como él á ella. Y así un dia, por cumplir con la importunidad de sus padres, y declarar á Arbolea su intencion, acordó de hablarla ; y así hallando lugar aparejado, le comenzó á decir las siguientes palabras :

« Como en la tierna edad haya el amor imprimido en mi poderoso sello, hallando en mi corazon aparejado lugar, tuvo tanta fuerza, que sin menguar jamás, fué creciendo en mí el deseo de siempre no cansarme en servirte ; y así lo he hecho, como tú, señora, lo has visto. Pues ya conocerás el fin de mi intento, el cual no es otro, sino que este amor tan limpio, en mis entrañas enterrado, agora á tí manifiesto se ate con el fiado del matrimonio, porque mis padres quieren que yo me case, y no se acuerdan que yo nunca me casaré sino contigo. No caen en esto, porque la amistad de nuestros padres es tan grande, que pasa á todo otro parentesco que entre sí pueden procurar ; mas yo, que ante mis ojos siempre te tengo puesta, y en el corazon retratada, no me he querido olvidar de traerte á la memoria, te acuerdes desto que te pido otorgallo, si en mi por ventura no has hallado sin yo entendello alguna falta ; » y diciendo esto, calló. Cuando Arbolea entendió las palabras de Luzmán, habiendo estado á ellas muy atenta, con grave y honesto semblante le respondió así : « nunca yo pudiera creer, Luzmán, que aquel verdadero amor trabado y encendido desde nuestra juventud, pudiera ser por tí en ningun tiempo manchado, ni derribado de la cumbre donde yo por mas contentamiento tuyo y mio le habia puesto. Pésame que de casto y puro amor le has vuelto coman deseo y apetito sensual, siendo primero contemplacion y recreacion del ánima. Contentárate, Luzmán, en solo ver que yo te amaba, sin el fin de tu voluntad, por entender la mia. No deo de conocer que lo que pides, y como hombre deseas, que es bueno ; mas si hay otro mejor, no se debe de dejar lo mas por lo menos. Quiero decir, que yo te he amado por pensamiento, que en mí no se efectuase otro amor mas que aquel que solo nuestra amistad pedia ; porque yo siempre estuve determinada de nunca me casar, y así he dado mi limpieza á Dios, y toda mi voluntad, poniendo aquí el verdadero amor, que jamás cansa ni tiene fin. Por donde te ruego me perdones, y sobre este hecho mas no me hables, que será tiempo gastado sin tener remedio tu deseo. »

Cuando Luzmán oyó la respuesta de su señora Arbolea, quedó como muerto, y aunque con ella pasó otras palabras, jamás la pudo persuadir, ni traer á su voluntad ; y viendo que era escusado cumplir en esto su deseo, muy triste se fué á su posada, y de pura imaginacion enfermó ;

y estaba tal, que sus padres se maravillaban de enfermedad tan súbita, y que los médicos no la entendian. Pues un dia viniéronle á ver Calides y su mujer, trayendo consigo á la honesta Arbolea ; y como estuviesen todos juntos en la presencia de Luzmán, y él viendo allí á su señora, esforzándose mucho, pidió un laud, porque tañer y cantar lo hacia mejor que hombre de su tiempo, de lo cual su padre y su madre recibieron mucho placer, pareciéndoles que su hijo se aliviaba. Y siéndole traído el laud, sentándose sobre la cama, estando todos atentos le templó, y luego comenzó dulcemente á tañer y á decir los siguientes versos :

Atrevido querer, yo soy contento
Que muera de mortal rabia crecida:
Paderca mi soberbio atrevimiento
En la flor deseada de mi vida.
Allí suba el dolor do fué el intento,
No entendiendo ninguno mi herida ;
Que no debe saberse mal tan fuerte,
Si no lo dice el tiempo con mi muerte.

Que mal que procedió de mi locura
Yo solo le contemplo, lloro y canto ;
Subir me fué bajar de aquella altura,
Y como allí llegué de mí me espanto ;
Así debe pagar el que procura
La vuelta del placer tornada en llanto,
Que bienes de la tierra y su contento
Fortuna los convierte en vano viento.

Yo durmiendo soñé que amor venia
A mí, y dulcemente me hablaba,
Mostrando al parecer gran alegría,
La cual toda tristeza destrerraba.
Las cosas que me dijo, el alma mia,
Teniéndolas por firmes, se alegraba ;
Mas luego no fué así ; porque en un punto
Se partieron amor, y el sueño junto.

En fin, de sueño vano vanas cosas,
Fundadas sus raíces en temores,
Tan flacas, miserables, congojosas,
Que vienen á morir con distadores :
Es la muestra vergel lleno de rosas
Engendradas en tierra de dolores,
De árboles esquivos, no entendidos,
Ni nunca por los hombres conocidos.

La vida me sostuvo un dulce engaño,
Y en él mantuve el ser de mi sujeto,
Trayéndome tras sí de año en año,
Teniéndome encubierto otro secreto ;
Y en él estaba el fin del desengaño,
Queriéndose mostrar bien imperfecto :
Así que galardón terrible y fiero,
Mataador del favor que fué primero.

En partes no habitadas ira el triste,
Que fortuna le ha puesto en este estado,
Do el sol nunca se muestra, ni allí viste
De yerbas ni de flores ningún prado ;
Do la vibora ronca no resiste,
Y el oso se consiente ser domado ;
Do las aves no dan alegre vuelo,
Ni miran los pastores acia el cielo.

Como Luzmán hubo acabado los versos, callando estuvo una pieza, y ninguno de los que presentes estaban pudo entender el significado de sus versos ; solamente recibieron gran contentamiento en oírle, y mas sus padres, que les pareció estar al parecer mas aliviado, y creyeron que lo que cantado habia eran cosas que él habia compuesto, que de todas gracias era dotado. Solo Arbolea entendió su canto, y el comienzo y fin de sus palabras ; y puesto que ella amaba á Luzmán en extremo, ya se ha dicho que su amor iba fundado por otro camino que el de Luzmán ; y así, aunque lo entendió, no mostró entendello, aunque le pesaba de ver tal aquel que por hermano tenia ; y así al tiempo que sus padres se quisieron volver á su casa, ella se llegó á él, y en presencia de todos le dijo : « señor Luzmán, la mayor fortaleza en los caballeros es resistirse á sí mismos, respondiendo la razon á la voluntad, cortando y despidiendo toda tristeza, pues la tierra no puede dar otra cosa ; y así el ánimo generoso con esto vence y derriba sus enemigos ; y pues vos de vuestro mal les dais tanto á todos, por Dios, volved en vos, y no os mateis por las cosas que son sin remedio, si por ventura alguna dellas habeis intentado. Como hermana os lo digo,

doliéndome de vuestros padres y de los míos, pues ellos igualmente os aman.» Mucho holgaron todos de oír estas palabras que dijo Arbolea á Luzmán, teniéndolas por muy avisadas, mas no entendiendo el fin dellas. Solo Luzmán entiende la sentencia del proceso de su pasada vida, y esforzándose mucho, respondió á Arbolea desta manera: « Si el afligido doliente entendiéese que su salud estaba en las doradas pildoras, ó en los amargos bocados, ó en las destiladas aguas, muchas veces de la enfermedad sería sano; mas duda con el temor del amargoso gusto, y desea aquello que mas puede dañarle, y á veces cobra la salud mas por importunidad ajena que por su propia voluntad. Yo conozco, hermosa Arbolea, que estoy enfermo de amargo mal, y que no puedo ser curado sino con amargas medicinas, y esta cura no se puede hallar; pues de lo uno y de lo otro pende el fin de mis días, contento por dar contento, y firme porque la firmeza no rompa, y secreto porque no entienda ninguno que tan alto sujeto paró en tan desastrado fin. Así que, señora, no dejo de agradecerte lo que me aconsejas, y ruégote á ti y á mis padres, con todos estos mis amigos, me perdoneis si por ventura deste lugar desapareciere mi cuerpo; que tal me siento, que no puedo creer que jamás ninguno me vea, porque de aquí me arrebatara mis hados; y si por ventura quedare, yéudose mi espíritu, como es cosa natural á todos, ninguno llore mi muerte, porque justamente muero.

Tal quedó Luzmán diciendo estas palabras, y asimismo las dijo de tal manera, que á todos movió á compasión. Pues vuelta Arbolea con sus padres, luego esta noche Luzmán acordó de irse muy secretamente: así se esforzó por cumplir su voluntad; y mandando hacer un vestido de peregrino, y tomando tanto haber cuanto le pareció que menester había, se partió de la casa de sus padres una noche, tan encubierto que por ninguno fué entendido, dejando gran tristeza y admiración en sus padres, y maravilla y espanto en sus amigos. Arbolea nunca se casó, ni sus padres con ella lo pudieron acabar; mas el suceso dello se dirá al fin deste tratado. Luzmán anduvo tanto de noche y de día por apartarse de Castilla y que sus padres no le hallasen, que en breve tiempo fué en la ciudad de Zaragoza: allí se detuvo diez días mirando la nobleza de aquella ciudad, y al cabo dellos acordó de ir á la ciudad de Barcelona, y allí embarcarse y partirse para Italia. Pues así yendo un día por su camino, pensando en su señora Arbolea, perdiólo, y vino á hallarse en un deleitoso campo, y en un alto lugar vió una pequeña casa; y como le pareciese que era ya tarde, acordó de irse á ella, y estar allí esta noche. Pues como á la casa llegase, luego conoció que era ermita, y consolóse mucho, y entrando dentro, se puso de hinojos ante una devota figura de nuestra Señora; y mirando á la una parte vió un ermitaño de no mucha edad, que con gran devoción ante el mismo altar oración hacía; pues así desde una pieza el buen hombre se vino para él, y ambos á dos se saludaron. Luzmán le preguntó: «decidme, amado padre, ¿qué tanto ha que estais en esta santa casa?» El ermitaño lo estuvo mirando, y pagóse mucho de verle, y con gran alegría le dijo: «yo ha veinte años que aquí moro: la causa principal por que yo escogí esta morada decírtela he, si holgares de la oír.» Luzmán le respondió que no deseaba otra cosa. Y así le tomó por la mano, y le sacó fuera, y ambos á dos se sentaron en un lugar, de donde se parecía mucha y muy hermosa tierra, y allí el ermitaño le comenzó á decir así:

«Amado hijo, has de saber que mi propio nombre es Aristeo, soy natural de la ciudad de Zaragoza, engendrado de nobles padres, dotado de gran hacienda; pues como es natural á los hombres, yo amé á una doncella muchos años, y ella á mí, de manera que nuestro amor fué conforme, y al fin casé con ella, y no pasaron ocho meses, que la arrebatada muerte me arrebató de entre las manos aquel dulce contento, que el tiempo en largos

años me había dado, del cual sentimiento quedé tal, que muchas veces estuve á punto de perder el alma. Mas volviendo sobre mí, y conociendo que los bienes de la tierra son mudanzas breves y arrebatados placeres, y por no morir desesperado, esperé en el verdadero galardón que del cielo viene, despreciando lo de acá; y así escogí este lugar después de muertos mis padres, que puede haber veinte años, dando mi hacienda, della á mis parientes y della á los pobres, haciendo esta pequeña casa, donde vivo contento. Veis aquí, amado hijo, el discurso de mi vida en breve relacion.» Cuando Luzmán oyó las palabras de Aristeo, en su corazón dió muchas gracias á Dios porque á él no le había sucedido de aquella manera; y tuvo por mejor ser viva Arbolea su señora, y el padecer vida trabajosa, que no ver desastrado fin en su vida por solo su contento; y bien conoció que Aristeo era muy cercano pariente suyo, mas no se lo osó descubrir, temiendo no le estorbare su camino, ó le supiese el rastro dél. Pues agradeciéndole mucho la cuenta que de su vida le había dado, se entró con él en un pequeño aposento, en el cual en una hermosa tabla estaban escritos unos versos que Aristeo para su contento allí tenía, que decían:

La muerte, de envidiosa y alrevida,
Llegó como cruel, terrible, airada,
Llevándome el placer, descanso y vida,
¡Oh! alma hermosa colocada
En soberano asiento, puro y santo,
De rosas y jazmines corona da!
Tu gozas del divino y sacro canto,
Yo triste muero y vivo acá en la tierra,
Desahaciendo mi vida en puro llanto:
Tú tienes siempre paz, yo tengo guerra;
Mas ¡ay dulce Marcela, esposa mía,
Por quien el bien que tuve se destierra!
¿Cuán poco me duró tu compañía,
Oh beldad, que escudias á toda cosa,
Consuelo de mi alma, y alegría!
¿Qué lirio, clavellina, ó blanca rosa
Contigo se igualó mientras viviste
Esmalada de gracia generosa?
En fin, ¡qué amor que me tuviste
Jamás podré olvidar con este mio,
Que solo con morir dejaste triste.
Y así el cuerpo mortal defuncto y frío
Acá se sostendrá desconsolado.
Por quien tantas querellas yo te envío,
Tu retrato está en mi firme asiento;
Jamás lo perderé de mi memoria.
Si la muerte no rompe este traslado.
En fin, me confió de humana gloria,
Y así fué el galardón cual la esperanza,
Y el despojo mortal, y sin victoria.
No me quejó de aquella confianza
Que tuve yo de ti, pues fué muy buena;
Mas quejome del tiempo y su mudanza.
En fin, alegre estoy con cualquier pena
Que padezca, pues tuve aquel contento.
Y quien otro dijere, se condena,
Pues yo contento soy con mi tormento.

Muy contento quedó Luzmán de los versos que Aristeo había hecho á la muerte de su esposa; y así, volviéndose á él, le dijo: «amado padre, bien dais á entender en la muestra desta tabla el verdadero amor que tuvisteis á vuestra esposa Marcela; mas yo digo que os debéis de contar por dichoso y bienaventurado entre los hombres, pues gozastes de lo que pretendistes; que ya que el tiempo os llevó aquel contento, primero vuestra voluntad fué cumplida, y había de acabarse, pues tenía tiempo limitado, y de allí sacastes este fruto que entre las manos teneis, adonde podeis gozar de la divina contemplación, fuera de los engaños y tristezas del mundo; que si los ojos volviédeses á las estrañas cosas que en él suceden, veríades fines desastrados, y pensamientos en aire convertidos, con muchas sospechas por diferencias nacidas, y muchos servicios que mal galardón sacan al fin de sus días aquellos que van guiados de su misma voluntad.» Aristeo abrazando á Luzmán, muy pagado de sus palabras, le dijo: «hijo, yo conozco haberme hecho Dios grandes mercedes; y así le ruego guarde mi entendimiento para que yo acabe en su servicio; y por que ya era hora de cenar, dió á Luzmán de lo que tenía para sí, y reposó ahí esa noche y otros ocho días, y al cabo dellos se partió con lágrimas de entrambos. Y así Luzmán, yendo pensando siempre en Arbolea, llegó á Barcelona; y dende á diez días se embarcó en una nave que iba para Italia, y

así dió en un puerto en la tierra de Toscana, y hallándose así, acordó de irse á Venecia, por ver aquella ciudad que tan mentada era; y así se despidió de los marineros, y se fué su camino. Y tanto anduvo, que llegó á Venecia, en un día que en la plaza de San Marcos se representaba aquella tarde la memoria de la edificación y fundamento de aquella ciudad; y siendo desto muy alegre, se fué al lugar donde se hacia esta representación.

Estaba la plaza toda cubierta de paños de oro y seda, y á una parte della sobre muchos pilares armado un teatro cubierto de ricos paños, y en medio dél una rica silla; y estando así mirando estas cosas, se abrió una puerta, y por ella salieron muchos hombres viejos, con ricos cetros en las manos, y en medio dellos una doncella vestida de mas ricamente que ver jamás Luzmán pensó, la cual se sentó en la silla, y todos se pusieron al rededor della; y estando así muy sosegados, comenzó á decir con mucha autoridad y grave continente, mirando á todas partes, las siguientes razones:

Parientes y vasallos muy amados,
De quien tengo y terné gran confianza,
Ya sabéis que sdele en los estados
Muchas veces haber nueva mudanza:
Se ganan las riquezas y reinados
Con armas y caballo, espada y lanza,
Y cuanto se trabaja en consuallos,
Lo mismo debe ser en conservallos.
De toda division huye el prudente,
Y abraza la justicia el avisado:
Llamaron á la paz antiguamente
Rejo de la bondad bien concertado.
El benigno señor sin accidente
Temido por amor es mas amado:
Entonces vive el pueblo alegre y sano,
Mejor que con temor de rey tirano.
Pensaréis que el mandar se asienta y cabe
En la fuerza y poder del señorío,
Y el rico con tener alcanza y sabe
Prudencia inmortal en su albedrío.
No por cierto, si falta aquella llave,
Del hombre homenaje, y poderío:
Por esta se gobiernan las naciones,
La cual suele faltar por divisiones.
La clemencia, razon, peso, y medida,
Del cielo descendió; porque en la tierra
La malicia quedase destruida,
Abrazando la paz contra la guerra:
Aquella llamareis eterna vida
Que ama la virtud, y el freno alerra
Con las riendas de amor y confianza
Encima del caballo de esperanza.
Ya sabéis mi intencion, determinada
Por vuestro parecer y buen consejo:
Pues nunca sin vosotros hice nada,
Teniéndoos ante mí por claro espejo.
No yerro me parece en ser casada:
Pues casar se desea el mozo y viejo;
Cuanto mas yo, que soy una doncella,
Del mundo la mas fuerte, rica y bella.
Responded sin temor lo que os parece
Yo debo de hacer sobre este hecho,
Juzgando con razon quien me merece,
Y á vosotros y á mí venga provecho.
Mirad que la fortuna mengua y crece,
Y en todos los estados pone pecho:
No se ponga tardanza en lo que pido,
Pues es de la mujer honra el marido.

Como acabó la hermosa doncella de decir estos últimos versos, los cuales demostraban representar ella la ciudad de Venecia, luego se levantaron dos hombres ancianos, ricamente vestidos; y á un tiempo se quitó una cortina con que estaba cubierta una gran tabla, en lugar que de todos podia ser muy bien vista. Estaba en ella pintada á la una parte la famosa Roma, que parecia estar destruida, y asimismo Cartago, Francia y España, con otras muchas provincias, y escritos allí sus nombres; y al fin de la tabla estaba pintada Venecia muy al natural, y encima della una doncella con una espada en la mano, y á sus piés otra llena de cadenas, escritos sus nombres, significando la una Libertad y la otra Sujecion. A este tiempo sonaron muchos instrumentos; y luego, habiendo parado, uno de los dos viejos, que á la derecha mano estaba, comenzó á decir:

Subida majestad, abré tus ojos,
Y mira aquella tabla y sus pinturas,
Y en ella hallarás crueldos despojos,
Cizañas, daños, males, desventuras.
Aquellos edificios son abrojos,
Sus victorias y triunfos sepulturas
De muchos que sin culpa fueron muertos,
Y todo por hacer mil desconciertos.

Las provincias del mundo, y sus potencias
Han sido destruidas y asoladas
Por tener entre sí mil diferencias,
Queriendo pretender ser mas preciadas:
Y así desechas son sus excelencias
Y en misero dolor serán tomadas
Cautivas, y en ajenas manos puestas,
Convertido en pesar todas sus fiestas.

El leon es cruel, terrible, airado,
Y vive en libertad alegre y suelto;
Mas viniendo por tiempo á ser domado,
En otra calidad le vemos vuelto.
Y el caballo feroz, siendo entrenado,
Le hacen ser ligero y muy revuelto:
Así que Sujecion en llanto mora,
Pudiendo si quisiese ser señora.

Pues luego Libertad debe buscarse
Con gran solicitud, cordura y maña;
Pues vemos que el que viene á sujetarse
Fortuna contra él muestra su saña.
A Roma con clamor veo quejarse,
Con todo lo del mundo hasta España:
Pues mira, vuelve en ti, y entiendo a questo,
Si no quieres venir á llorar presto.

No pretendas marido ni lo quieras;
Pues luego de señora tal cual eres
Vernás á ser esclava muy de veras,
Y á tomarse en gemidos tus placeres.
Vernán á ser sujetos tus riberas
Convirtiendo en pobreza tus haberes;
Y así pensando ser mas rica y fuerte,
Tú misma te darás amarga muerte.

A questo que te digo es lo que siento
Y debo de sentir; pues con cautela
Se rige todo el mundo, cuyo intento
En sobra la malicia piensan y vela.
Y así viene á morir cualquier contento
A tiempo cuando menos se recela;
Pues luego mira bien sobre este hecho,
Que muy contrarios son honra y provecho.

Acabados de decir estos versos, luego el segundo viejo, que á la siniestra mano estaba, comenzó á decir lo que sigue:

Están muy pensativos tus vasallos,
No quieras desterrarlos de su gloria;
Señora, ten memoria de tu estado
Tan rico y encumbrado de grandexa;
No bajes con tristeza nuestra cumbre
Ni des muerte á la lumbré de tu fama:
Mira á Troya con llama destruida,
Y á Grecia ser vencida y engañada,
Y á Roma saqueada con estrago,
Y á Corinto y Cartago sin sustancia,
A Ungria, Italia, y Francia, muy sangrienta,
Y á España con tormenta y agonía.
Quejosa está Turquia y Capadocia,
Fesalia, Arabia, Escocia y sus valles;
Tan solas son tus calles libertadas,
De Neptuno cercadas con sus vientos,
En el Tiber contentos tus vasallos,
No quieras sujetallos con casarte:
Pues tienen tanta parte en lo que digo,
Y al mundo por testigo de tus fuerzas.
Pues mira que no tuerzas contra el hado
Tan rico y prosperado como el tuyo:
No pienses que te arguyo por ser viejo,
Ni pido mi consejo tu privanza,
Segun la confianza de las gentes;
Mas por los accidentes, que se esperan,
Do podrá ser que mueran muchos hombres
Por dar fama á sus nombres, y valerte;
Mas mira que la muerte cuando llega
Que viene sorda y ciega, como loca.
Así que, pues te toca ser presidente,
Con sabio continente te asegura,
No busques mas ventura ni rodeos:
Que siempre los deseos causan males
Y guerras desiguales, de manera,
Que viene hambre fiera y divisiones.
Pues entiendo, señora, mis razones,
Y da crédito á ellas con paciencia;
Pues sabes que con mañas y prudencia
Se sujetan las sierpes y leones.

Luego que acabó el segundo viejo de hablar las dichas razones, haciendo su acatamiento, calló; y luego la hermosa dama respondió desta manera:

Tornando sobre mí, conozco y veo
El error en que estaba mi sentido,
Y hallo que era loco mi deseo,
Por cierto no mirado ni entendido:
Por do lo que decís ser verdad creo
Tratado con saber y amor crecido;
Y así pienso tomar vuestro consejo,
El cual terné ante mí por claro espejo.
A questo se publique por mis tierras,
Porque estén mas alegres mis ciudades:
No ternán por mi causa nuevas guerras,
Ni piensan de buscar mas novedades.
De hoy mas mis florestas, valles, sierras,
No teman las sangrientas tempestades,
Mas hagan alegrías con canciones,
Buscando sin parar mil invenciones.

Luego que Venecia concluyó sus palabras, pues la hermosa doncella tal nombre representaba, luego comenzaron á tocarse gran diferencia de instrumentos, y á oírse